

# Chisporroteos

(Columna dominical de Alberto F. Cañas)

Las novelas pródigas de nuestra literatura van regresando: primero "Puerto Limón" luego "La ruta de su evasión," ahora EL SITIO DE LAS ABRAS. Falta (quizás la veremos este año) "La esfinge del sendero."

Poco a poco, esos ejemplares de la novelística costarricense inicialmente publicados en el extranjero, van teniendo su edición nacional.

"El sitio de las abras" se publicó en 1950 en Guatemala y esa edición (cosa que ahora creemos no ocurriría) circuló escasamente aquí. Pocos conocían esta novela de Fabián Dobles; se hablaba de ella como en secreto. Aquí la tenemos por fin.

"El sitio de las abras" es la cuarta novela de Dobles; sigue cronológicamente a "Una burbuja en el limbo," y parece cerrar una primera época en la labor del novelista, por lo menos en cuanto fue seguida de un largo silencio novelístico.

Está en la línea campesina de "Aguas turbias," pero más en la línea agraria del "Juan Varela" de Herrera García, de la cual se diferencia en las mismas condiciones en que una sinfonía se diferencia de una sonata. La obra de Herrera García está orquestada para cuerdas; la de Dobles tiene un acento casi épico.

Es posible que, a lo largo de su fecunda carrera, Fabián Dobles no haya contado una historia más apasionante y más rica que la que nos narra en esta novela. Y también, que nunca haya hecho más sabroso alarde de su arte de contar, de su minuciosidad, de su sentido del detalle significativo, de su sabiduría para la selección de episodios, que en esta historia de la lucha por la tierra, la colonización y el despojo, al través de una familia de pioneros, los Vega, que todo lo entregan y todo lo pierden mientras el terreno duramente abierto y cultivado se convierte en un enorme latifundio de terratenientes, inescrupulosos.

La historia es conocida. Ha ocurrido. Aquí sigue ocurriendo. La lucha entre el propietario pequeño, entre el colono sin más armas que su trabajo, y el individuo ávido y poderoso, es pan nuestro de cada día. Fabián Dobles, sabe, en esta novela, que está tratando un tema conocido; y tal vez por eso, nunca se ha esmerado más en dar auténtico aliento novelístico a su narración.

En esta novela aparece por primera vez, muy subrayada, esa concepción heroica que Dobles tiene del campesino costarricense, y que llegó a culminar en su magnífico cuento "El Puente." Dobles tiene, en esta novela (y, situada en el momento de su confección, el contraste hay que hacerlo con los cuentos de "La Rescoldera"), un concepto caballeresco, novelesco, estético y admirativo de nuestro campesino, que contrasta con la concepción esencialmente lastimosa de los personajes que se puede observar en los cuentos del libro arriba citado, y que ha dado al traste, en muchas latitudes, con obras literarias de magnífica intención social. Dobles parece decirnos aquí que no basta con dar testimonio ni con sentir piedad, sino que a eso hay que agregarle el instinto de la composición literaria, de la individualidad de cada personaje, y un particular recreo en el acto mismo de novelar. La novela hace un uso exacto del melodrama, regulado por un exquisito gusto. Y la indignación que el autor pretende promover, la consigue.

Pero a más del problema social certeramente atacado, hay invención, composición dramática y, sobre todo y ante todo, personajes. En doña Lola, ha creado Dobles una mujer inolvidable. Y en Martín Villalta, el personaje más vigoroso de toda su producción, y uno de los grandes tipos de la literatu-

ra costarricense.

Si el ritmo sostenido, la fecunda invención de incidentes todos los elementos que hemos señalado con gozo y entusiasmo hubiera logrado Dobles sostenernos a lo largo de toda la novela, es muy probable que "El Sitio de las Abras" fuera la mejor de todas sus obras, y una de las tres o cuatro novelas importantes de Costa Rica.

Pero, lamentablemente, el último tercio de la obra adolece de precipitación, de descuido en la composición, y el ritmo moroso, sostenido y épico, desaparece. La novela abarca varias generaciones, y el protagonista de los últimos capítulos, Martín Vega, no pasa de ser un débil y borroso nieto de gran Martín Villalta. Abelardo Bonilla parece haber detectado esta debilidad y la atribuye al deseo del autor de expresar sus ideas políticas.

Nos parece que el juicio, por ser certero, no es completo, porque no es la expresión de las ideas políticas de Dobles lo que debilita el último tercio de "El sitio de las abras" (muchas novelas de primera línea contienen ideario político del autor y no por ello desmerecen) sino un aparente deseo de terminar pronto, y de que las ideas políticas del autor sirvan de *deus ex machina* no para rematar la acción sino para anunciar una solución a los problemas, esto ocurre en forma más discutible que novelística. El nieto de Martín Villalta se convierte en líder sindical de los campesinos y es un anticlimax, en una novela que ha descrito una lucha gigantesca, vigorosa y brutal terminar manifestando simplemente que el personaje final es un luchador de otro tipo. Sobre todo, que el proceso espiritual de Martín Vega está tratado con mucha rapidez, con un poco de birlibirloque y casi por salir del paso, con lo cual la novela se desbalancea. Dobles simpatiza profundamente con Martín Vega, pero no sabe qué hacer con él, y no lo dota de grandeza. La novela requería un desenlace a la altura de Martín Villalta, y ese climax no aparece.

Así y todo, con qué delicia se lee "El Sitio de las abras," cómo nos hechiza el estupendo relato, hasta obligarnos a olvidar que (publicada en 1950) no pertenece a la "nueva novela," no pretende deslumbrarnos con nuevas técnicas narrativas, ni con abundancia de planos espaciales y temporales, sino que lo hace — como acostumbremos decir ahora — "límpidamente." Lo cual demuestra (si es que había que demostrarlo) que todavía hay vida para rato en los procedimientos tradicionales, y que los dos estilos de la novela pueden no sólo subsistir sino también coexistir. (Algunos se olvidan de que Carpentier y Vargas Llosa coexisten en el boom de la literatura hispanoamericana.)

Pocas veces se ha presentado con tanto y tan eficaz dramatismo la verdad de un problema agrario. Dobles lo ha hecho con poética crudeza, con severa compasión que no desea ser la criminógena. Así, nos ha dado, si no la mejor y más perfecta, sí la más rica e inquietante de sus novelas. Una obra que habla por sí sola (aunque el autor mostrara en el último tercio un temor implícito de que no lograra hacerlo). Esta timidez (llamémosla así) la perdió Fabián Dobles a partir de "El Sitio de las Abras," y en sus dos obras mayores desde entonces: el estupendo "Tata Mundo" y la laureada "En el San Juan hay Tiburón," demostró, como narrador maduro, que un buen relato habla por sí mismo.

Expresa más aquí la ecuación Espíritu Santo Vega/Ambrosio Castro, que la ecuación Martín Vega/González Leflair. No obstante lo cual, "El sitio de las abras" es una novela que algún día leeremos de nuevo.